

SONRISA AL ÓLEO

La lluvia caía a cántaros. Las gotas de agua rompían contra el cristal, presas del viento, que gritaba y ahogaba el sonido del mundo. Era una de esas tardes de otoño en las que salir de casa parecía una odisea para los sentidos.

El edificio Norton era el más alto de la ciudad con diferencia, sus treinta y seis plantas lo confirmaban. No mucha gente podía permitirse vivir en semejante monstruo arquitectónico y Valente era uno de esos afortunados.

Sus padres estaban trabajando, como siempre. El vacío de la casa provocaba un eco tenebroso y él no había tardado ni dos segundos en encerrarse bajo llave en su habitación.

El espacio personal de Valente consistía en una inmensa cama deshecha, una estantería llena de libros anticuados y un escritorio blanco sobre el que reposaba un portátil, ahora encendido. En comparación a la extravagante decoración de la casa su habitación era mucho más sencilla.

No había mucho que hacer, la fuerte lluvia le impedía concentrarse en cualquier cosa y los ojos azules del chico vagaban más allá de la diminuta ventana llena de surcos acuosos. El cielo, tempestuoso, se iluminaba de vez en cuando.

—Si tan solo hubiese señal...— murmuraba absorto.

El mal tiempo le había dejado incomunicado, tanto su móvil como el portátil eran inútiles y eso lo atemorizaba más que el constante parpadeo de las luces.

El silencio de la casa parecía interminable, deseaba poder oír la estridente voz de su hermana o incluso el tono grave que usaba su padre para regañarle, cualquier cosa antes que seguir escuchando su propia respiración.

A veces el destino parece un niño, caprichoso e impredecible, no atiende a razones ni escucha a los demás. Resulta irritante sentir como algo que desconoces juega con tu mente, con la lógica, manipulando la realidad para volvernos locos.

Algo se hizo añicos, Valente lo sabía porque el sonido parecía repetirse. Sonó como un eco a la distancia y siendo positivos seguramente era aquel jarrón tan feo que su madre había comprado en un viaje de negocios.

¿Cómo había caído el jarrón? Recordaba que siempre estaba situado al lado del sofá, y justo enfrente de una ventana. Se la habría dejado abierta, y a estas alturas poco se podría hacer, el salón estaría inundado y el jarrón de cerámica esparcido por el suelo.

Tenía miedo, las piernas le temblaban como flanes, pero más le iban a temblar si sus padres volvían y encontraban el salón convertido en una piscina cubierta.

El pasillo central de la casa estaba oscuro. No encontraba el interruptor y quería acabar cuanto antes para volver a encerrarse en la seguridad de su guarida.

Los pasos cortos que daba no eran precisamente de ayuda. El corazón le latía desbocado, ansioso por salir y gritarle lo “bien” que se lo estaba pasando.

Llegó al salón. Justo en ese momento un relámpago surcó la inmensidad del cielo e iluminó la estancia. Incluso el niño pintado en el cuadro que colgaba junto a la puerta del baño parecía dibujar en su cara una expresión de terror.

No había ningún charco, el suelo estaba seco y ese horrible jarrón rebosante de rosas rojas seguía intacto, ¿cuál era el objeto que se había roto hacía unos instantes? Como respuesta, y desde la cocina, se escuchó un cristal romperse.

Llegados a este punto Valente tenía los pelos de punta, porque no había ventanas en la cocina, las cosas no se mueven solas y todo lo anterior apuntaba a un asalto domiciliario. Quería correr por donde había venido, cerrar la puerta de su cuarto y rezar para que ese condenado móvil sobre su cama captase algo de señal, pero a sus piernas les parecía bien seguir inmóviles en medio del salón y justo enfrente de la cocina, la cual seguía a oscuras.

De forma inconsciente se asomó para observar una estancia completamente desierta, o eso creía. Frente al lavavajillas habían pedazos irregulares de un vaso roto. Su primer impulso fue recogerlo antes de que se le olvidase, pero un nuevo relámpago sacudió la casa.

El fugaz destello iluminó a un segundo presente, a la figura delgada y oscura de un niño un poco más pequeño que Valente. Ese pequeño intruso, protegido por la espesa oscuridad, giró la cabeza con calma.

—Sonríe— dijo al mismo tiempo que formaba una sonrisa macabra.

Su expresión no se podía ver con claridad, solo los dientes, de un blanco intenso, resaltaban sobre el negro ambiente de la cocina. Pisó los cristales, produciendo un sonido espeluznante.

—Sonríe— las cuencas huecas del niño se estrecharon con desconfianza—. No me gustan los niños que no sonríen.

Quería llorar, no solo por el miedo, sino por la forma burlona que el otro empleaba, dando a entender que el único niño allí era Valente. Temblaba de forma anormal, hasta que tropezó con la alfombra beige que recubría el suelo del salón.

—¿Qu...quién eres?— articuló con dificultad.

Sin palabras le contestó. La luz de un rayo dejó a la vista a una figura completamente negra, como si hubiesen pasado una capa de pintura por encima de esta. Destacaban su amplia sonrisa y esos ojos huecos con aire triste.

—¿No sonreirás para mí?

Cuando estuvieron frente a frente la espeluznante figura estiró la mano con la intención de tocarle la cara. El tacto era igual de frío que el de la lluvia, aquella persona estaba congelada, casi parecía muerta.

Valente tenía los ojos fuertemente cerrados, las manos aferradas a la alfombra y los labios secos, con ganas de gritar a pleno pulmón y despertar a todos los vecinos.

—¿De qué tienes miedo cariño?— esa voz era suave, familiar, distaba mucho del contacto frío de sus manos.

La otra mano le acarició el cabello, la sensación áspera de unos guantes de piel hizo fricción con el pelo. Abrió los ojos, encontrando a su madre, completamente mojada por la lluvia, abrazándole como lo hacía cuando tenía pesadillas.

Entonces hizo algo que hacía rato que necesitaba, lloró, de la misma forma que lo hacen los niños pequeños en busca del consuelo de sus padres. Empapó aún más el abrigo de su madre y se aferró a su existencia.

Entonces algo se movió. Valente disminuyó la cantidad de lágrimas en sus ojos y enfocó algo nervioso al cuadro que colgaba al lado de la puerta del baño.

La pintura representaba a un niño semiescondido entre los árboles de un bosque. Ese crío tenía una expresión de sorpresa en la cara, ¿siempre había sido así? De repente cambió a una sonrisa amplia y casi inhumana. Los labios pintados al óleo pronunciaron unas silenciosas palabras:

—Voy a por ti.

Acto seguido el niño desapareció entre los árboles.